



AÑO X.

HABANA, OCTUBRE 28 DE 1894

Núm. 38

EL FIGARO

Periodico Literario y Artístico



RAFAEL MONTORO EN SU ESTUDIO

SUMARIO

TEXTO: En honor de Montoro.—El poeta Holmes, por Enrique José Varona.—En el baile, soneto, por José de Cubas.—Apoteosis, por Gastón Mora.—GALERIA INFANTIL: Josefita Elías y Santana.—Su cédulo original, por Juan José Canarte.—Caprichos: almas solas y casas vacías, por Luis G. Urbina.—Páginas en el álbum de la señorita Clara E. Mazarredo, por Elsa, Manuel Sanguily, Diego V. Tejera, Lola R. de Tió y Abelardo Farrés.—Don Antonio Vico, por El Duque de Fliz.—Rimas, por José de Franco.—Don Ramón Meza.—Cuentos para El Figaro, traducidos por el Conde Kos. ha: Zizi, por Fernand Beissier.—AJEDREZ, por Andrés Clemente Vázquez.—En un abanico, poesía, por L. Anciros Pazos.—La Novicia, soneto, por Elsa.—Bibliografía, GACETINES, por Monte Carlo.—Artistas de Albisu: Señorita Concha Martínez, por Enrique Fontanills.—CRÓNICA, por Menestofeles.—Retazos.—Anuncios.

NOVELA DE EL FIGARO: La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez, traducida por Enrique José Varona.

GRABADOS: Rafael Montoro.—Niña Josefita Elías y Santana.—Antonio Vico.—Ramón Meza.—Señorita Concha Martínez.—Los hijos de Montoro, por Taveira.—PORTADA, por Amata.—Adornos y viñetas: dibujos de Cilla, Domingo, Barrio y Henares, y fotograbados de Laporta, Taveira, Manrique y Spencer.



En honor de Montoro

Aunque la índole esencialmente literaria de esta publicación le impida emitir su voto en el debate político que actualmente agita la opinión pública en nuestro país, creemos un deber, en los presente momentos, el significar el entusiasmo con que nos adherimos á las manifestaciones de simpatías que todas las clases sociales acaban de hacer al Partido Autonomista y á su verbo, el eminente Rafael Montoro.

La circunstancia de ser este ilustre hombre público, no sólo un político en quien sus correligionarios ven al más conspicuo y perfecto representante de las doctrinas de su partido, sino también uno de los más notables hombres de letras de Cuba, hace que la redacción de EL FIGARO se asocie de todo corazón á las demostraciones de cariño que acaban de tributarle sus amigos, haciendo votos porque su ya glorioso nombre obtenga siempre el respeto y la estimación popular á que es acreedor por sus nobles y singulares méritos.

El poeta Holmes

DURANTE algunos años los representantes insignes de la literatura norte-americana parecían como una pléyade de patriarcas. Whittier, Bryant, Emerson, Holmes, todos habían llegado á los linderos de la extrema vejez, erguidos, no obstante el peso de los años, como si el hábito de sondear sin temor las lejanías de la vida les hubiese enseñado á mantener recta y firme la cabeza. Ahora se ha desprendido la última hoja de ese frondoso árbol. El poeta parece que lo había vaticinado en la más popular de sus poesías, *the last leaf*: "Si yo viviera hasta ser—la última hoja de ese árbol—de primavera."

Y la fué. Holmes había nacido el mismo año que Darwin, Edgar Poe y Gladstone, el año de 1809. A los veintiuno de su edad, una poesía le dió fama en toda la Unión. A los cuarenta y ocho, sus ensayos que llevan el título de *The Autocrat of the Breakfast Table*, lo colocaron en el primer rango de los escritores de lengua inglesa, á uno y otro lado del Atlántico. Por más de medio siglo se ha escuchado su voz serena y regocijada, propagando, á propósito de los asuntos del momento, la más sana filosofía de la vida, la que enseña á poner confianza en las propias fuerzas bien disciplinadas, y afrontar las mayores contrariedades, con la vista fija en un noble ideal de progreso.

Había nacido en Boston, en esa ciudad famosa que ha dado tantos grandes hombres á la Unión,

The home of art, the nurse of liberty;

y desde su niñez se revelaron las dotes poéticas y la vena humorística, que habían de perfumar é iluminar toda su carrera. En ese medio fortificante de la Nueva Inglaterra, en esa sociedad que ha sido hasta ahora la más hermosa muestra de un pueblo libre, morigerado y culto, encontró sin esfuerzo los estímulos adecuados para el desarrollo de sus notables aptitudes. Estudió las ciencias y el arte, viajó, conoció el mundo y el alma de los hombres, se mezcló en la vida activa de un pueblo dueño de sí mismo, aquilató las opiniones en el crisol de la práctica y los sentimientos en la hora crucial del peligro y del combate. Por eso, cuando hablaba, había en sus palabras el jugo nutritivo de la más rica experiencia y la miel de los más nobles afectos. Así fué aumentándose el número de los que lo oían con deleite y provecho; y apenas hubo ocasión memorable para su patria, en todo el largo período de sus años de actividad, en que no resonase la voz simpática de Holmes, para entonar un canto de triunfo, de esperanza ó de conmiseración.

Su primera poesía, al menos la que consagró su celebridad, parecía declarar su vocación é indicar su carrera. Se trataba de destruir la vieja fragata Constitución, reliquia arrinconada de un tiempo heroico. El poeta adolescente no puede pensar, sin estremecimiento doloroso, en que las manos mismas deservidores de la patria arrien la bandera de la libertad, que el vendaval había respetado, y destrocen la flotante fortaleza bautizada por la sangre de tantos héroes del deber. Y, en arranque soberbio, pide que se clave la bandera estrellada en el tope del mástil, se icen todas las velas del ponderoso navío, y se le abandone intacto á los furiosos del mar, como ofrenda digna del dios de las tormentas. El efecto de esta poesía fué inmenso é instantáneo. El poeta había sabido tocar en el punto sensible millares de corazones. La fragata fué respetada; y los versos del poeta inmortalizaron su memoria.

Años adelante, cuando más enconadas se revolvían las pasiones que parecían abrir un abismo incolmable entre el norte y el sur, en los momentos en que la separación de las Carolinas llevaba á su colmo la exasperación de los unionistas, se oyó de nuevo la voz del poeta, prorumpiendo en uno de los más hermosos cantos que han brotado nunca de un alma generosa y sensible. Es el "Lamento del hermano Jonatás por su hermana Carolina," y allí se lee esta patética estrofa, que lo compendia:

"Oh, Carolina, Carolina, hija del sol, jamás puedo olvidar que nuestros corazones han sido uno solo, que una mano de fuego, inmersa en la misma fuente de sangre, consagró á la par tu frente y la mía, en nombre de la libertad. Cuando te duela el corazón y estén cansados tus pies, recuerda el sendero que conduce á nuestra puerta."

Holmes compartió su tiempo entre la práctica de su profesión de médico, á que se dedicó siempre con empeño y pericia, en la clínica y en la cátedra, y el cultivo asiduo de las letras, en que puso todo su talento y el tesoro de su mucho saber. Realizó en la suya su concepto de la vida: que es la única forma que puede tomar lo que se llama la felicidad humana. Según el consejo de Goethe, permaneció fiel en la edad proveecta á los ensueños de su juventud. Observó la religión de su ideal, y su ideal fué de perfección y de amor. Como lo cantó en su poesía favorita *The Chambered Nautilus*, su espíritu no se quedó adherido á su primitiva, estrecha habitación: fué labrándose cada vez morada más amplia y espléndida, hasta que pudo navegar libre por el océano sin límites de la vida universal.

Holmes fué un tipo admirable de su raza y su pueblo. Su organización sana, robusta, equilibrada, explica su concepción sana y fortificante del hombre y la sociedad. Fué espectador y actor en el más noble espectáculo que puede contemplarse, el de un pueblo que va rompiendo una á una todas las trabas de la rutina y la preocupación, para dejar libre juego á las actividades humanas, seguro de que éstas al cabo se armonizarán de suerte que hagan más fácil y perfectible la vida de sus individuos. Holmes traía siempre en sus escritos esta suprema impresión, esforzándose por llevar á las conciencias ajenas el sentimiento de confianza y efusión que había grabado en la suya. De esta suerte logró merecer colmadamente el sumo elogio que le ha tributado en su oración de despedida el pastor Collyer, al decir con sencillez profunda: "Fué leído y amado."

Octubre 1894.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

EN EL BAILE (1)

INSTANTÁNEA

Cuando volvieron al salón, reían:
frescos los labios y húmedos, besaban;
las mejillas de rojo se pintaban
y las miradas, sin querer, ardían.

En brazos de los hombres se veían
y las notas del vals las arrullaban
y á veces en un vértigo volaban,
y á veces dulcemente se mecían:

Escalofrío voluptuoso y breve,
por sus espaldas de apretada nieve,
corría en sensaciones deliciosas,

aire de amor llenaba los pulmones
y sobre el seno las abiertas rosas
parecían vibrantes corazones...

13 Oct. 94.

(1) Nuestro querido director nos ha enviado desde Madrid esta preciosa composición, original é inédita del poeta cubano que la firma. El Sr. Cubas nos ofrece su valiosa colaboración, que en mucho estimamos.



JOSÉ DE CUBAS.

* Apoteosis *



A teoría de los grandes hombres tiene muchos contradictores. Se niega que sean necesarios. Se ha llegado hasta sustentar la peregrina tesis de que los grandes hombres no son más que la resultante de todas las fuerzas que actúan en el seno de una sociedad. En este terreno de la especulación psicológica todo puede decirse y sostenerse en pro ó en contra del problema. Examinado el asunto á la luz de la historia, dentro de la realidad de las cosas prácticas, parece que no debiera negarse esto que es incuestionable, á saber: que han existido y existen hombres cuya grandeza moral ó intelectual los coloca por encima de las condiciones comunes á la naturaleza humana.

Un grande hombre es un sér de cualidades extraordinarias. Esta concurrencia de méritos excepcionales es lo que lo distingue y caracteriza entre sus semejantes. En esto estriba su verdadera superioridad. En todos los tiempos y países se han visto descollar hombres á quienes el sentir universal ha tributado los homenajes del cariño y de la admiración.

Si existen pensadores que critican y rechazan la teoría del grande hombre, y censuran á los pueblos que mantienen su culto, también los hay, y muy eminentes, por cierto, que reconocen la existencia de grandes hombres y los consideran necesarios. Publicista tan insigne y sincero como Carlyle ha escrito páginas elocuentísimas en honor de los hombres ilustres que ostentan en la historia una poderosa representación. Para él la historia de la humanidad es la biografía de los grandes hombres que han dirigido á los pueblos. Carlyle halla desgraciados los tiempos que carecen de grandes hombres, y declara enérgicamente que no "hay ninguna prueba más triste de la pequeñez de un hombre que su falta de fé en los grandes hombres."

La verdad es que no ha habido ningún movimiento social de importancia y trascendencia que no haya tenido su vigorosa encarnación en un hombre de cualidades eminentes. Nadie negará esto. Aunque el grande hombre sea sólo la resultante de las fuerzas sociales, algo debe haber en su personalidad para que en su seno refluyan y se condensen las ideas y sentimientos colectivos que lo convierten en un hombre-símbolo. Nada más fácil que decir que si Jesús no hubiese fundado el cristianismo, otro lo hubiera predicado; que si Lutero no hubiera fundado el protestantismo, otro lo habría establecido, y que las Américas se habrían emancipado aunque no hubiesen existido Washington y Bolívar. El caso es que á ellos se deben esos grandes acontecimientos, y nada es que se diga que éstos siempre se hubieran producido, pues tal afirmación no podría probarse ó demostrarse de modo que no dejara lugar á ninguna duda. Se habla con encomio de la prodigiosa eficacia con que el pueblo yankee ejerce la soberanía sobre sí mismo, pero se olvida que fueron los grandes hombres de la independencia los que elaboraron el estatuto constitucional que Gladstone ha juzgado con palabras de profunda admiración. El gobierno representativo y parlamentario sustituyó al régimen absoluto en casi toda Europa, pero esta obra se debe á la virtualidad de las ideas que proclamaron los grandes hombres de la revolución francesa. Decir, según una frase célebre, que los acontecimientos son los que, á veces, tienen la palabra, es decir, algo que carece de sentido y esencia. Los acontecimientos no son una cosa ideal, una entidad abstracta, sino una cosa real, positiva, producto de la voluntad de los hombres. Ningún suceso se origina en una generación espontánea. Ningún suceso es immanente. En él, visible ó oculto, siempre está el hombre. Lo que palpita en todo suceso son las ideas, y las ideas son obra del entendimiento humano.

Los pueblos que tienen asombrosas intuiciones, no ofrecen excepciones en esta cuestión del respeto debido á los hombres superiores por sus talentos ó virtudes. No hay pueblo, sea cual fuere la raza á que pertenezca, que no reconozca la grandeza de algunos de sus hijos y que no les tribute altísimos

hombres. Sea cual fuere su cultura, todo pueblo venera á sus hombres eminentes. En todas las épocas se ha observado su culto. En los principios de la historia ó entre los pueblos salvajes se ve divinizado al héroe, al gran varón, engrandecido por su santidad, su ciencia ó su fortaleza. Hasta aquellos mismos que no se hallan dispuestos á reconocer ninguna superioridad moral ó intelectual, y que miran ó aparentan mirar con desprecio á los grandes hombres, en ocasiones los ensalzan y aplauden, arrastrados por la impetuosa corriente de la opinión pública. Parece que los eternos críticos y los partidarios de la inacción infecunda ó de la negación sistemática, temen ser nota discordante en el coro universal que entona la gratitud entusiasmada.

Los hombres representativos son los que dirigen é iluminan la marcha de los pueblos. Cuando llegan los momentos difíciles, los días de prueba, las horas de tristeza, todas las miradas se convierten á los ciudadanos que se han ilustrado sirviendo la causa de su país. Todo el mundo se pregunta ansiosamente qué piensan esos hombres y cuál será la actitud que adopten. Ellos son los que, en definitiva, indican la marcha que conviene seguir y las resoluciones que deben tomarse.

Dígame lo que se quiera, los pueblos son agradecidos, y conservan con afecto el recuerdo de sus buenos y leales servidores. Si algunas veces la opinión extraviada por el error ó las pasiones bastardas se muestra ingrata ó hostil, con el trascurso del tiempo se rectifican los juicios y, aunque tardíamente, se hace justicia á quien antes, en momentos de irritada ofuscación, hubiera de maltratarse en su honra ó en su persona.

Bien se hace en enaltecer á los hombres beneméritos. Los que gratuitamente se complacen en denostarlos ó denigrarlos, realizan una obra malsana y de resultados contraproducentes. Se sabe demasiado que hay muchos que no pudiendo subir á ciertas alturas morales donde viven los espíritus superiores, quisieran forzarlos á bajar á los llanos en que hierven y bullen los intereses más viles y los apetitos más desenfrenados.

Un pueblo nunca es bastante rico en hombres sabios para permitirse el capricho de anular á los que le imprimen dirección en una época determinada. Con anular á los hombres de la constituyente francesa, sólo se consiguió traer y exaltar á los girondinos, que no supieron ni consolidar la monarquía reformada, ni establecer la república, y la anulación, á su vez de los girondinos produjo el levantamiento de los terroristas. Cuando hubieron desaparecido los hombres ilustres de la generación que hizo la revolución, Francia, falta de directores autorizados, no tuvo quien la defendiera contra las asechanzas del despotismo militar.

Por otra parte, es evidente que si los hombres eminentes de un país no encuentran en la vida pública otra cosa que diatribas y calumnias, poco á poco cundirá el desaliento entre los ciudadanos dignos, y crecerá la repugnancia por una vida en que se destrozan los sentimientos más elevados y se desnaturalizan los propósitos é intenciones más acendrados. Llegaría un momento en que la vida pública espantaría á todos los hombres honrados, que se retraerían, refugiándose en el hogar sereno y silencioso. Entonces saldrían á la plaza, ocupando el escenario político, todas las medianías, todos los intereses individuales, todas las codicias, todas las concupiscencias. La ignorancia y la osadía serían los directores de la sociedad, víctima de los más audaces y de los más fuertes. No hay organismo que resista á la acción deletérea de sus elementos impuros. Como el predominio de los humores corruptos arruina la mejor y más sana constitución individual, así el predominio de los elementos sociales más faltos de moralidad y cultura, perturba y descomponen al pueblo más vigorosamente constituido. Todo aconseja que se honre á los grandes ciudadanos. Lo mandan de consuno el agradecimiento y el interés público. Los inmortales demolidores de 1789 aceptaron la apoteosis para los grandes hombres, consagrándoles un panteón en nombre de la patria reconocida.

GASTÓN MORA.



Josefita Elías y Santaña

No ahora, que ya cuenta trece años de edad, sino desde los cinco años, se reveló la interesante niña, cuyo retrato publicamos, como artista de co-razón y de talento.

Es simpática y buena moza. Su linda cabellera, enmarañada, recuerda los ángeles de Murillo; su frente espaciosa, manifiesta talento; sus ojos expresivos, acusan un alma ungida con el óleo de los elegidos; las curvas de su cuerpecito, botón de rosa abriéndose en una mañana de primavera, semejan las líneas impecables del lápiz de Rafael. Vedla ahí, con toda la seriedad de sus trece años y su actitud airoso: parece que está en la escena culminante de un drama, que ha lanzado un reproche y aguarda impaciente la tempestad que la amenaza.

Más aplausos ha oído la precoz *damita*, que muchos comediantes encanecidos: cada aparición suya ha sido un triunfo, y ahí están nuestras principales sociedades de recreo, y algunos de nuestros teatros, para que se recuerde la cosecha de laureles que la artista infantil amontonó, en todos esos templos del arte, al pie de su trono de eterna triunfadora.

Hoy Josefita se halla lejos de nosotros. Ha ido á Madrid y suponemos que sus padres la harán estudiar en la Academia de Declamación, santuario del buen arte dramático español, de donde nos la devolverán como otra nueva Matilde Díez ó como otra Luisa Martínez Casado.

EL FIGARO, no abriga dudas respecto al porvenir de Josefita, y se apresura á rendirle homenaje á la artista, á la estrella del porvenir.



Sucedido * original



AGAPITO Arpones era un chico natural de la mismísima Zaragoza, hijo de un antiguo teniente de caballería, que murió del *dengue*, estando de guarnición en Melilla.

Sin una peseta, aunque con el oficio de relojero y un carácter por excelencia romántico, el bueno de Agapito, al poco tiempo de la desgracia de su padre, se trasladó á Barcelona, con el santo propósito de ganarse con su trabajo el pan nuestro de cada día.

Realizó una pequeña viña que le dejó el difunto en 4.000 reales, descontando el pago de una hipoteca por valor de 3.900 reales y con los diez duros que le sobraron, llegó á la antigua ciudad de los condes, sentando sus reales en una casa de huéspedes de la calle del Carmen, propiedad de un tal Paco, mozo del café *Novedades*, valenciano y legítimo consorte de la *señal* Magdalena, una especie de choricera ingertada en la humanidad de una patrona.

El hospedaje de aquella casa era igual para todos: tres pesetas diarias ó sean diez y ocho duros al mes; y aunque el capital de Agapito no llegaba para tanto, tomó la resolución de dar tiempo al tiempo y no precipitar los sucesos por temor de que le pusieran de patitas en la calle.

A los ocho días de estar en aquella casa, todos los huéspedes habían calado el carácter de Agapito, el cual, creyendo á los demás cortados por su mismo molde, aprovechaba las horas de la comida y de la cena para referirles cincuenta mil mentiras, con una seriedad tan pasmosa, que desde luego provocaba la hilaridad de sus compañeros.

Entre estos había dos cubanos, uno de ellos hijo de una bien acomodada familia de la Habana, á quien Agapito le traía loco á fuerza de *sablaos*; y el otro, empleado en el Resguardo de la Compañía Arrendataria de Tabacos, de carácter alegre y chispeante y amigo de tomarle el pelo... al lucero del alba. Además de estos señoritos, vivían en la casa de Paco, un joven montañés, estudiante de Farmacia, inventor de un jarabe de pasas para los dolores reumáticos; un antiguo constructor de imágenes, llamado don Juan, indolente de *pour sang*, usurero de idem y enemigo declarado de las mujeres, por ciertas inconsecuencias que *in illo tempore* le hizo la que fué su adorado tormento; un chico vallisoletano que estudiaba para ingeniero mecánico, la suegra de Paco, más fea que la estampa de la muerte, y una criada llamada Monserrat, vizca, contrahecha y flaca, hija de un mozo de cuerda, de los que están á todas horas en el Llano de la Boquería, esperando que les manden á algún recado.

Pasó el primer mes de pupilage, y Agapito, que para nada se había ocupado de encontrar colocación, tuvo que sufrir delante de los demás compañeros las burlas y el desprecio de la *señal* Magdalena y de Paco.

—Pues el que no paga que vaya á dormir á la Rambla,—decía el mozo de café.

—Es claro!—contestaba la Monserrat, insultando al pobre chico, con sus miradas de vizca.

—Mira el señorito!—replicaba la abuela. Ahora sale con que no tiene dinero!

—Yo les prometo á ustedes—decía el infeliz, rojo como una cereza—que dentro de poco días encontraré trabajo y les pagaré.

—Pero quién le va á dar trabajo á don Agapito?—exclamó la *señal* Magdalena, en medio de la chacota general, que aplaudió extraordinariamente aquello del *don* que ridiculizaba al pobre chico.

—¿Quién?—replicó el oficial de relojero, todo mohino y apesadumbrado. ¡Cualquiera!... á la corta ó á la larga, el trabajo vendrá.

Y el caso fué que el infeliz no llegó á consumir su anhelo, y á los quince días de aquella conversación, fué despedido ignominiosamente de la casa de huéspedes.

En plena bohemia, recorrió todos los restaurantes de Barcelona, solicitando colocación de fregador de platos ú otros oficios de menor cuantía, pero donde no le echaban el sambenito de que no podían emplearle, porque no era agremiado, le despedían de la manera más sangrienta, diciéndole:

—Vamos, hombre, ¡que usted no sirve para eso! ¡Tiene usted manos de señorito!

—Como si los señoritos no tuvieran estómago!—replicaba el desgraciado, renegando de su suerte.

Gracias á una recomendación de uno de sus antiguos conocidos de la casa de huéspedes de la calle del Carmen, del empleado de la Compañía Arrendataria de Tabacos, logró el bueno de don Agapito entrar de ayudante de carpeta en el escritorio de un establecimiento de ultramarinos; y aunque los primeros días olvidóse de sus propensiones románticas, reincidió al poco tiempo, retratándose de cuerpo entero en la nueva casa, como un incorregible mentiroso. Pagóle á Paco lo que de antiguo le debía y allá se fué á la casa de la calle del Carmen, de donde se había mudado el amigo que le recomendó en la colocación, para otra de la calle de Xuelá.

Era á principios del ardoroso verano. El empleado de la Arrendataria celebró su santo el 24 de junio, en su nuevo domicilio, la casa de la Roseta, una jamona guapa y hermosa, capaz de hacer caer en la tentación al mismísimo San Antonio.

Don Agapito, á pesar de haber sido invitado al almuerzo que su amigo dió en Vallvidrieras, no fué, apareciéndose al siguiente día, á la hora de la cena.

—¿Juanito!

—Mi señor don Agapito!

—Buenas noches!—exclamó dirigiéndose al marido de una florista que vendía sus mercancías en el Tivoli, únicos huéspedes de la casa.

—Y por qué no vino V. ayer á mi invitación, don Agapito?

—No me diga usted nada, Juanito... ¡Mucho trabajo en el almacén!...

—Y por la noche?

—De conquistas!—exclamó riéndose picarescamente.

—Ole! ¿Con qué esas tenemos?

—Verá V.—continuó arellanándose en un diván y dándose tono de corrido. En esta vida es preciso ser filósofo!... Ya sabe V. mi flaco; ¡las mujeres!

—A propósito—dijo Juan. Va usted á conocer una hembra de trapío...

—¿Rosa!

—¿Llamaba V? dijo la patrona apareciendo.

—Sí, señora, para tener el gusto de presetarle á mi distinguido y apreciable amigo don Agapito Arpones.

—¿Tanto gusto!...

—¿Servidor de V. señora!

—Ah! Se me olvidaba! Rosa, mi amigo es todo un poeta.

—No tanto—exclamó don Agapito, ruborizándose como un colegial.

—Pues que nos recite alguna cosa.

—Nada más justo; pero antes vengan unas copas para ayudar la inspiración. Ya que no vino ayer, que beba hoy á mi salud.

—En seguida—dijo Rosa, saliendo á buscar de lo que se pedía.

—¿Qué mujer!—exclamó don Agapito.

—¿Ande usted con ella!

—Pero que ojos, y que cara y que...

—Ron de la negrita—dijo la patrona.

—Sublime!

—Y ahora que recuerdo—dijo Juan, dirigiéndose al marido de la florista ausente. Federico, mi amigo don Agapito...

—Servidor!

—La primera copita para don Agapito—exclamó la Rosa, brindándole ron en una taza de café.

—¿Pero ahí?...

—Es lo mismo—interrumpió el chico entusiasmado. Diré parodiando á Comprodón:

viniendo de esas manos deliciosas

este líquido ron, vale un imperio...

—¿Galanteador!

—Bravo, don Agapito!

—Pues vaya otra tacita—dijo la Rosa, riendo—y perdone usted que no haya copas para el caso.

Y el pobre chico, en menos de un cuarto de hora, se metió entre pecho y espaldas más de la mitad de la botella de ron.

—Rosa—exclamó don Agapito poniéndose en pié con los brazos abiertos—es usted la mujer más barbiana y zaragatera!

—¿Estimando, prenda!

—Si hubiera una guitarra—continuó tambaleándose—le cantaría una jota... No pudo acabar lo que se proponía decir; su cabeza le pesaba más que el resto del cuerpo y obediendo á la ley de la gravedad, fué á dar con el testuz en uno de los bordes de la mesa, rompiendo en su caída las botellas, los platos y las tazas.

Juan y Federico, el uno por los piés y el otro por la cabeza, sacaron á don Agapito á la calle, con el objeto de que el aire le refrescara, pero ¡que si quiere! El infeliz estaba convertido en una cuba de ron. La *curda* era monumental.

Acertó á pasar por allí un coche en el cual metieron al pobre beodo y en la precipitación de acabar pronto, por no llamar la atención de los transeuntes, le dijo Juan al cochero:

—Lleva este señorito á la calle del Carmen, 26, allí te pagarán.

La distancia no era larga y á los pocos momentos el conductor del vehículo llamaba en la puerta de la casa que le indicó Juan.

—¿Quién hay?—contestó una voz de mujer, desde el piso tercero.

El cochero m ró á don Agapito y como viese que éste apenas respiraba, contestó:

—El señorito, que por lo visto está muerto!

Lo que se armó, en aquel instante, no tiene comparación con la confusión de lenguas de la torre de Babel; gritos, carreras, desmayos...

—¿Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?—gritaba una señora que había salido de la casa.

—Muerto!—exclamó una criada, poniéndole la mano en el corazón.

—Corre á la farmacia!... ¡Ay, hijo mio!—decía la señora llorando y abrazándose al pobre don Agapito, que en aquellos momentos andaba vejeando por los cerros de Ubeda.

—Aquí está el médico!

Reconoció el doctor y después de breve examen, le dijo á la señora:

—Esto no es nada.

—¿Pero qué tiene?

—Una *pítima* de órdago.

Inmediatamente trasladaron á don Agapito á una cama, procurando la señora que lo pusieran en una habitación retirada del piso, para que su esposo no se enterase de la calaverada de su hijo.

* *

Como á las diez de la mañana del siguiente día se despertó don Agapito, con una sed horrible. Miró á su alrededor, y como no conociese nada de lo que veía, se frotó los ojos, como dudando si era sueño todo aquello.

Cuando se convenció de que era realidad, empezó á gritar:

—¿Eh!... ¡Paco! ¡Magdalena!

—¿Cállate!—le dijo una voz de mujer.

—¿Por qué?... ¡Esta no es mi habitación!

—¿Que te calles!

—¿Vaya V. al cuerno!... ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!

—Enrique, ¡por Dios!

—Yo no soy Enrique; me llamo Agapito... ¡Agua!

—¿Quién hay ahí?—preguntó una voz de hombre.

—Nadie!

—¿Lo veremos!

Y abriéndose la puerta de golpe, dió paso á un señor como de cincuenta años, una señora de cuarenta, una niña y la criada de la casa.

—¿Caballero!

—¿Jesús!—exclamó la señora, tapándose los ojos.

—¿Dios mio!

Don Agapito en paños menores, les contemplaba, todo azorado.

—¿Quién es V.?—le preguntó el dueño de la casa.

—Agapito Arpones.

—¿Cómo ha entrado V. aquí?

—Pues... ¡no lo sé!

—¿Válgame Dios!—exclamó la señora, contándole á su esposo lo que había ocurrido la noche anterior y que con la precipitación no se había fijado si era un extraño ó su hijo.

—¿Dónde vive V.?

—En la calle del Carmen número 26.

—El número 26 es este; si V, no fuese tan borracho, recordaría que V. vive en el 26 bis... ¡Pronto! ¡Salga V. de mi casa!

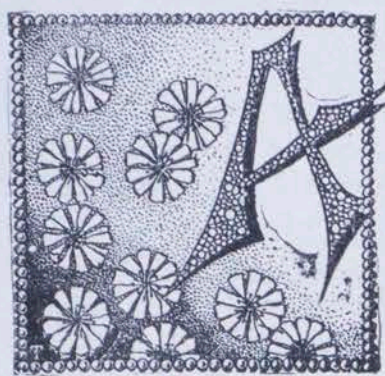
El infeliz don Agapito salió de aquella casa renegando de su estúpida curda, pero lo que más le llenó de cólera fué la noticia que aquel mismo día dió *El Diluvio* á sus lectores, bajo el epígrafe de *Sucedido original*.

Octubre de 1894.

JUAN JOSÉ CAÑARTE.



CAPRICHOS



entre las chispeantes arenas, sobre los montículos de húmeda basura, á orilla de las charcas color de sepia, centellaban fulgores de cobre, relampagueos de vidrio, púas de plata, súbitas ráfagas de esmaltes azules, repentinas vetas irizadas, todo un museo pirotécnico desparramado por el suelo, todo un deslumbrador juego de Bengala, encendido por la picaresca luz del poniente.

El cuadrilátero de casucas, cuyas fachadas recién lavadas por la lluvia, entonaban en el aire fresco la blancura de sus muros enjabelgados, formaba un cerco alegre á la plazuela: las angostas ventanas de mochetas pringosas, rotas al capricho con deliciosa simetría, semejaban—abiertas de par en par—ojos guiñadores y—entrecerradas—bocas maliciosas y risueñas.

¡Qué cariñosamente nos acarician las cosas después, de muchos años de olvido! ¡Con qué dulzura nos saludan los lugares vueltos á ver, tras una ausencia alargada por la intensa fiebre de la vida. La inanimada fidelidad, la constancia inmutável de todos los objetos que nos rodearon en épocas felices, nos produce, cuando volvemos de regreso del país azul, una gozosa melancolía. La ilusión, el amor, la vida, ¡qué pronto huyeron! El espíritu es descontentadizo y caprichoso: jamás quiere quedarse con las cosas que amamos. ¡Ata tus alitas, abeja de oro, ilusión de cariño bueno, con esa cinta de musgo—hilo de esmeralda—que se balancea en la roja cornisa de la casa! ¡Prende tu perfumado ramillete, beso blanco, del viejo marco de la vidriera!

Pero ya todas habeis huido, voladoras mariposillas que anidabais en estas piedras.... No es cierto que la memoria, ese almacén de guiñapos descoloridos, os preste abrigo, sueños juveniles! ¿De qué me sirven los recuerdos empolvados que habitan las negras cavernas del cerebro, como toneles exhaustos en los rincones de la solitaria taberna?

....Y nada hay muerto aquí: el brocal desgastado de la fuente, el fresno, la banca, la ventana, me dan las buenas tardes, como se tiende la mano al antiguo camarada.

Sólo que ya no asoma por sobre el alfeizar verdinegro el pálido rostro, angélicamente vulgar de la primera musa.

ALMAS SOLAS Y CASAS VACIAS

Un poco borrada, desvaneciéndose en la azulosa neblina que cubre lo pasado como un brumoso horizonte, aparece en mi alma: no tiene facciones precisas este semblante que veo dentro de mí; cerrando los ojos, intento seguir con el fino pincel de mi deseo el contorno de esta miniatura. Imposible! La guardo en el fondo de mis tristezas y de mis goces, pero ya casi sin colores ni perfiles, como el abuelo guarda en el fondo de la gabeta de caoba el retrato de la amada de su corazón, dentro de la caja de palisandro, sobre el cristal opaco que ya no más conserva el muriente rubor de las mejillas y la mancha oscura de la abundante cabellera.

Las pupilas empapadas en lágrimas, vuelven á las líneas que se borraron: mas, ¡ay! qué tarea tan difícil, qué labor tan pesada ésta de dibujar los perfiles de los retratos que se descoloran y de retener las impresiones que se van!....

Yo he oído, no sé dónde, tocar un wals: se llamaba el "wals de las horas." Tras un preludio lento y cansado, con algo de marcha funeral, se precipitaba un vértigo de notas, una extraña carrera de compases en fuga; los sonidos, impacientes, encabritados, rabiosos, corrían como lebreles locos en una fantástica cacería.—¡Halali! ¡halali!.... Allá iban tendidos, jadeantes, saltando sotos, brincando arroyos, deslizándose por entre las intrincadas ramazones de la selva, persiguiendo al siervo invisible que creían ver sobre la línea siempre remota en el horizonte. El wals terminaba con un golpe seco; el derrumbe de las notas, la caída al abismo de las desenfundadas armonías.

Y así como esa música, oída no sé dónde—tal vez en la soledad de una noche de pena, tocada por el martillo del pensamiento sobre la sonora lámina de las sienes—á compás vertiginoso, á galope tendido, van pasando mis horas, persiguiendo el recuerdo fugitivo.

Toca tu wals, memoria; pero no tan aprisa! ¡Quiero contemplar esos deslumbrantes minutos de gloria que llevan palmas; ese instante de dicha que cruza sonando besos, ese rato de meditación que pasa cantando estrofas, esas noches azules de las citas, esa puesta de sol de los juramentos! ¡Qué aceleración la de mi vida! ¡Qué precipitada carrera la de mis recuerdos!

* *

Y mientras cayó la sombra, sentado en la banca polvosa, bajo el paraguas del fresno raquíutico, frente á la ventana vacía, procuré, en vano, delinear con el fino pincel del deseo, en el vaho azulino de lo pasado, el pálido semblante angélicamente vulgar, de mi primera musa.

(México, 1894).

LUIS G. URBINA.

Páginas en el álbum de la señorita Clara E. Mazarredo



¡Dios salve á la triunfadora,
alma de flor y de estrella!
Dulces gracias atesora
y fué, por encantadora,
proclamada la más bella!

ELSA.

Mi vecina Elsa quiere—desconocida y sideral Enriqueta—que te salve Dios por ser triunfadora, porque algunos hombres te proclamaron la más bella. No te he visto nunca, y no me duele, si eres así, tan seductora como dicen; pero ansío que te duren esos alabados encantos físicos, de suyo tan fugaces, y que si eres algún día esposa, no se aburra nunca á tu lado tu compañero, y si llegas á ser madre, y más tarde ¡oh, sí, muy tarde, lo más tarde posible! envejeces, como es ley, como envejecemos todos, mientras vivas, te amen quienes estén cerca de tí, y te admiren, y te encuentren como iluminada por celeste lumbré, por la grandeza de tu espíritu, que haga que si tus hijos olvidan que fuiste vencedora un día en los torneos de la belleza, no puedan olvidar que siempre irradiaste en la hermosura eterna y excelsa, por la virtud de tu vida y la santidad de tu alma!

MANUEL SANGUILY.

PETFI

Amó el bardo húngaro
dos cosas, de amor dignas:
la mujer soberana,
y su patria cautiva.
A aquélla le dió, trémulo,
canciones y caricias;
por ésta, en día hermoso,
supo perder la vida.

¡Ay! Como el bardo húngaro,
dos amores me animan;
amo á mi dulce esposa
y á mi patria cautiva.
Doyle á una mis trémulas
canciones y caricias,
por la otra, la esclava,
¡sabré perder la vida!

DIEGO V. TEJERA.

LA TORTOLA PERDIDA

Con gemidor acento
la tórtola responde
al eco del reclamo
de sus tiernos amores.

Amante y presurosa,
por valles y por montes
va llenando el espacio
con sus sentidas voces.

Salta de rama en rama,
arrulla y no la oyen,
que sus gemidos tristes
se pierden en el bosque.

Tan pronto se detiene
y á la sombra se acoge,

como de la espesura
la asustan los rumores.

Tiende las leves alas,
vuela sin ver por dónde,
siguiendo del reclamo
los doloridos sonos.

En la arboleda umbría,
cansada ya, se esconde,
oyendo el blando arrullo
que sólo ella conoce.

Y cuando ansiosa espera
que su dicha retorne,
en el follaje mudo
la sorprende la noche!

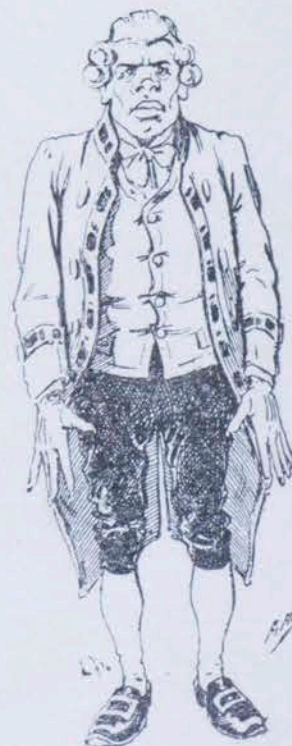
LOLA R. DE TIÓ.

* *

El rosal trepador, sensible y débil,
lo mismo en el oriente que en el norte,
un sostén generoso necesita
para lucir sus hojas y sus flores;
sube por él gallardo, se desata
en ramas sutilísimas, y entonces
á la brisa gentil que lo acaricia,
le presta sonriente sus olores.
Cuando viento furioso lo extremece,
gracias á ese sostén, que así lo acoge,
no cae herido, roto, mutilado,
á sus impulsos rudos y veloces.
Igual es la mujer, si la sostiene

la fe del corazón, que sus mayores
lograron inculcarla; sube y trepa
la cuesta de la vida, con los goces
que presta la virtud, con la hermosura
de su noble bondad, de sus acciones.
Y si la pena, la traición y el daño
la hacen estremecer con duros golpes,
la fe que la sostiene, la protege,
y cuanto más la asedia, más conoce
lo que vale ese símbolo sagrado,
esa esperanza llena de fulgores,
que yo miro en tus ojos y en tu frente;
¡oh, niña angelical, flor aun en broche!

ABELARDO FARRÉS.



Don Antonio Vico

INCLUYAN los estimables lectores de EL FIGARO en los puntos suspensivos que dan comienzo al presente trabajo, todas las titánicas luchas de un carácter entero y de una hermenéutica esencialmente artística, y tendrán una idea perfecta de la aurora esplendorosa que precedía al dios de los actores y al actor de los dioses, como ha llamado un escritor al eminente Antonio Vico.

¡Antonio Vico!... ¿Y quién es Antonio Vico? Su solo nombre llena dos generaciones y no creemos, por consecuencia, de este momento, recordar sus triunfos, porque significaría ofender al público que nos lee, infiriéndole el agravio de suponer que lo desconoce, á lo menos en su fama, fama que ha pregonado millones de veces la prensa del mundo entero.

Antonio Vico lleva el sol de Andalucía metido en el corazón, el sol de ese país pintoresco en el que, como dijo un poeta, los celos son pretextos de amores; las luchas de hombre á hombre, gallardías, y la misma muerte, una voluptuosidad incommensurable.

En ese país hermoso, en Jerez de la Frontera, nació el actor aclamadísimo, siendo arrullado por las brisas perfumadas de sus valles pintorescos y nutrido con el néctar soberano de sus deliciosas vides, de aquellas vides que producen oro líquido, capaz de regenerar al mundo.

Una generación de sabios, de notabilidades que, desgraciadamente para la literatura patria, no existen ya: los Ayala, los Florentino Sans, Hartzembuch, Juan Nicasio Gallego, García Gutiérrez, Fernández y González y tantos otros, son buenos testimonios del valer y del talento de este actor eminentísimo.

A la vez que los ingenios citados, apenas si existe un dramaturgo español contemporáneo que no le deba, si no toda su fama, cuando menos el haberle puesto en condiciones de obtenerla.

El elemento joven literario, como el que ya no existe, debió al genial actor lo que ha valido, le debe también la notoriedad que con orgullo muestra.

Dígalo si no, Leopoldo Cano, dígallo Echegaray, repítanlo Dicienta y Torromé, como se complace en hacerlo constar el modesto autor de estos apuntes, que también le debe la mayor parte de lo poquísimo que vale.

Antonio Vico no es sóloamente un actor: es una eminencia en el arte de la declamación, cuya cátedra obtuvo y ha venido desempeñando muchos años. Antonio Vico es un literato de primera fuerza, conocedor de los clásicos, como pocos, y de las escuelas más importantes del orbe, como ninguno. Antonio Vico es una enciclopedia literaria y su cultura raya tan alto, que pocos le aventajarán en el conocimiento del movimiento literario del mundo.

Pero Antonio Vico ha tenido en su vida una gran preocupa-

ción que, con gusto, vemos que ha perdido ó que ha modificado: la de suponer que todos los buques que navegan, naufragan.

Recordamos á este propósito un hecho que lo caracteriza. Era un momento verdaderamente solemne: arrellanado en una cómoda butaca de la hermosa casa, del edén, mejor dicho, que posee en la Carrera de San Jerónimo, de Madrid, hallábase el eximio actor estudiando, cuando se le presentó don perdonémosle reservar el nombre.

—Hola, don Antonio.

—¿Qué hay?—le respondió Vico.

—Nada más que esto.

Y puso sobre una mesita cincuenta mil pesos, añadiendo:

—Para usted: es el importe de los derechos de representación de las obras que ha de hacer en América, después de poner las cláusulas y el sueldo que quiera en la adjunta escritura.

Sonrió bondadosamente Antonio Vico, lo miró de hito en hito, y llamando la atención del visitante hacia un precioso cuadro, respondió:

—Mirad.

La pintura representaba un horrible naufragio.

Excusamos decir que Antonio Vico no aceptó.

Y ¿cómo declama Vico? ¿Cómo interpreta los dramas?

Vico no los interpreta, los crea; ya lo habréis visto. En cuanto á declamar, esperad un poco, asistid á las representaciones y cuando pendientes de sus labios sintais los nervios tirantes y próximos á romperse, como las cuerdas de una guitarra; cuando noteis el corazón sacudido por epilepsia cardíaca intolerable, cuando con los ojos hinchados vertais lágrimas de pesadumbre ó de alegría, cuando identificados con él os halleis dispuestos á ser grandes y buenos ó traidores y criminales, direis conmigo que el eminente actor no interpreta, sino que encarna todo lo bello, todo lo grande y todo lo bueno.

El retrato con que hoy se engalana EL FIGARO adornará seguramente los hogares, donde desde ahora en adelante se hará toda la justicia que merece, á uno de los más grandes actores dramáticos contemporáneos: Antonio Vico.

EL DUQUE DE FLIX.

RIMAS

PARA EL FIGARO

Mi alma como incauta mariposa,
Al volcán de tus ojos se asomó;
Sintió el vértigo, y rodando,
Al fondo se cayó.

Una ola de lava, hasta los bordes,
Rugiendo la elevó.

Y en lugar de salir, por no dejarte,
Al fondo se volvió.

Déjala que se queme entre la lava,
Si ésta arde por mí:
Mejor que ente las nieves del olvido
Mi alma vive allí.

JOSÉ DE FRANCO.



Doctor Ramon Meza

NUESTRO distinguido amigo y compañero, el aplaudido é ilustrado escritor y novelista Ramón Meza, acaba de alcanzar en nuestro primer centro docente el más alto grado profesional, el de doctor, en la Facultad de Filosofía y Letras.

Su claro talento, sus altas dotes de observador, y su vocación por las letras son prendas seguras de que en su nueva carrera reanudará los brillantes triunfos que ha alcanzado en el periódico y en el libro.

La tesis que desarrolló en el acto de su investidura trata de *Homero y su influencia en la literatura griega*. Es un luminoso opúsculo del que nos permitimos copiar los siguientes párrafos:

“Aplicando los procedimientos actuales de la crítica en lo que se relaciona con el estudio del medio, al juzgar la Odisea y compararla con la Iliada, no es posible dejar de observar que ambas, si rivalizan en mérito, son producto de un estado social distinto. Longino fué quien primeramente arriesgó la hipótesis de que era la una fruto de la juventud y la otra la de la vejez de un mismo poeta. No varían en tan corto espacio de tiempo como el que supone la vida de un hombre, por prolongada que fuere y menos en sociedades antiguas, las costumbres de un pueblo, su cultura, sus sentimientos y sobre todo, sus creencias religiosas de tal modo como resulta del examen comparativo de ambas producciones.

Las deidades de la Odisea no se hallan tan estrictamente moldeadas por la figura humana como en la Iliada, cuyo Olimpo más visible y cercano no hace sino reflejar con líneas más gigantescas y fuerzas más poderosas las acciones que se ejercitan en la superficie de la tierra. No aparece en la Odisea el Olimpo tan atento a los movimientos de la humanidad, ni tan estrecho ni tan cercano al suelo; sobre todo él flota algo de misterioso é ideal que no se amolda tan plásticamente á la imaginación; como si ya á la creencia primitiva, ante la cual no podía ser obstáculo la creación de un dios á entera semejanza del hombre sin más que dotarle de elevada talla, de poderosas fuerzas, de inmortalidad, del don de hacerse visible ó invisible á su antojo y de trasladarse rápido como el pensamiento desde la bóveda celeste á los senos de la tierra, hubiera comenzado la reflexión á dotarlos de atributos que los hicieran más dignos de ser invocados. El Olimpo de la Odisea está sin duda más alto y más lejós; los dioses no descienden con tanta frecuencia ni con tanto peligro de su dignidad á mezclarse personalmente en las contiendas de los hombres, el campo de acción queda más despejado y libre para el Destino que conduce por sus inexorables fallos los pasos de los hombres. No quiere decir esto que la religión y la mitología de la Iliada y la Odisea sean distintas como se han empeñado en sostener algunos, cosa imposible en religión que tuvo por caracteres dominantes el antropomorfismo y la fatalidad y que se nutrió siempre en la fuente de creencias primitivas, muy rica en verdad, pero bien determinadas; sino, que hay un grado de diferencia casi imperceptible acaso, que se marca y resalta con la impresión que en el ánimo deja el examen atento y escrupuloso de ambos poemas.

La acción de la Iliada es más reducida, más sencilla, más vigorosa, más llena de rápido movimiento y de vida, es el cuadro de la guerra cuyos combates y peripecias excitan las disputas, despiertan animosidades, levantan pasiones violentísimas en el Olimpo cuya ocupación constante, obligada, durante el día y la noche no es otra que tener fija la mirada en el lugar del combate y el brazo presto á acudir en auxilio de la hueste ó del héroe protegido. La crudeza y rudeza de las costumbres de los hombres contribuye á que las creencias se manifiesten más toscas y rudas.

Si en la Iliada es frecuente hallar rasgos é ideas de ferocidad, costumbres y prácticas rudas y groseras, una vida y unos sentimientos más acomodados á la condición de pueblos apenas organizados y constituidos en perpetua lucha con razas y naciones vecinas y unas divinidades siempre atentas y propicias á las acciones humanas, más frecuente aún es hallar en la Odisea que á las artes y exigencias de la guerra han sustituido las artes y comodidades de la paz. Si antes, las más valiosas dotes que debían ornar á los hombres eran la violencia del carácter, la celeridad irreflexiva de la acción, la fuerza, el heroísmo, el desprecio inmenso de la muerte en el combate y el apego á la vida por ser ésta medio de satisfacción de todos los instintos y pasiones, en la Odisea son cualidades más relevantes la prudencia, la sabiduría, la habilidad, la astucia y la riqueza. Las ninfas, las sirenas, las parcas, las arpías,

las górgonas, los centauros y los ciclopes son otras tantas manifestaciones nuevas de la fantasía, son seres más poderosos que el hombre, aunque no tanto como los antiguos dioses, pero más monstruosos unos, más verdaderamente humanos otros.

En el fondo de este segundo poema, lo repetimos, se revela un estado social distinto, un grado superior de cultura; y su forma más complicada, más harmónica y rica que la Iliada determina un adelanto en la epopeya. Como hemos hecho notar, en cuanto á la religión, anteriormente, podemos señalar como ejemplo de escenas groseras y feroces, en la Odisea, la lucha del mendigo Iro con Ulises, la muerte de Melanto y de doce criados de Penélope, pero también esto es lo que constituye la excepción, las costumbres y los sentimientos en lo general demuestran más refinamiento y cultura. La hospitalidad y consideración al extranjero, los banquetes, donde ya los héroes no tienen que asar ni desgarrar por sus propias manos las entrañas de las reses, la mesa de los festines rodeada de cómodas sillas donde no es raro ver sentado el parásito, ni el heraldo escanciador de vino en cráteras de oro, ni el bardo que alegra ó entristece al son de los cantos de su lira el empeño de los más encumbrados personajes no de ponderar ya sus hazañas sino sus riquezas, las bodegas donde se guarda el queso y el vino, el sótano cerrado por llaves complicadas y seguras puertas, las escalinatas, los mendigos sentados en los pórticos, todos estos son detalles esparcidos con profusión por toda la Odisea y reveladores del modo de ser de aquella sociedad.

Pero si estudiamos este progreso en otras manifestaciones del arte, en la arquitectura, en la indumentaria y en la industria, las pruebas aparecen aún más concluyentes. Hay en la Iliada la descripción de la ciudad de Troya, se hace referencia á sus templos, á sus vastas calles, á sus puertas: Priamo y Paris, de pie sobre la muralla, observan el campo del combate; Andrómaca y Helena se acogen á una torre; pero éstas y otras descripciones son vagas y fugaces; en la Odisea son más detalladas y frecuentes, el poeta complácese con constante preferencia en describir. El famoso palacio de Alcinoos con sus sillas cubiertas de finísima tela, y sus estatuas, y sus criados, y sus vajillas, y sus esclavos que fabrican tejidos ó muelen trigo quizá pueda ser un pasaje interpolado por el mismo grado de refinamiento y lujo que supone, pero en otros puntos de la Odisea pueden recogerse análogos datos. Al referirse el poeta al palacio de Penélope habla de escalinatas, de pórticos, de sótanos donde guarda Ulises sus vinos y sus tesoros; de un piso superior; de lechos suntuosísimos; de criados que traen vajillas de plata para que los visitantes se laven las manos; de copas de oro; de mayordomos, porquerizos, boyeros de pavimentos artísticos, de tapices, cobertores y bañeras; y hace otro tanto al referirse á los palacios de Menelao y de Circe y de Nausica. El canto, el baile y la poesía eran partes indispensables de todo festín. Los pretendientes para rendir á Penélope usan de otras armas y mañas que las que usaron los príncipes coligados de la Grecia para rendir á Helena; los nuevos príncipes son jóvenes, ricos, perfumados, vestidos lujosamente, sus armas son los regalos valiosos; su destreza, la seducción.

La naturaleza contemplada apaciblemente por el poeta brinda hermosa y encantos despertadores de voluptuosidades desconocidas á los rudos y sencillos héroes de la Iliada en sus instintivos apasionamientos. La hermosa isla de la ninfa Calipso; la abundancia de la isla del Sol; el encanto de las sirenas, el horror de los escollos de Scylla y de Caribdis, la frescura y naturalidad de las bellísimas escenas de Nausica lavando sus ropas en las orillas de cristalino río, bañándose con sus ninfas en las riberas del mar, el valle donde cantaba mientras entretenía sus oídos haciendo finísimos tejidos Circe la encantadora, son paisajes nutridos por las emociones que en el alma del artista debió producir la observación atenta de las bellezas naturales. Ningún pasaje de la Iliada, ni de los poemas cíclicos guarda analogía con estos. Hasta entonces solo pareció objeto digno del canto la acción del hombre, la del dios ó la del monstruo humanizado; nunca en el poeta ocupó tan preferente atención y lugar las descripciones de las bellezas debidas al arte y producidas por la naturaleza; la fuente productora de toda la poesía fueron las pasiones del humano, las fuerzas, el ejercicio, el poder del humano.

RAMON MEZA.

Octubre, 1894.



Cuentos * para * "El * Figaro."

TRADUCIDOS POR EL CONDE KOSTIA

Zizi

VAMOS, señoritas, cada una en su sitio para el final de *dos*!—dijo el maestro de baile, golpeando el suelo con su pesado bastón:—y usted, hombre, á repetir, se lo ruego!—añadió volviendo del lado del profesor de piano que indiferente esperaba sentado ante las teclas, con las manos sobre ellas y el cuello del *pardessus* alzado hasta las orejas. Y moviendo la cabeza acompasadamente, bocetando un gesto vago, tarareó:

—Tra la la la!... El príncipe aparece... oh! qué bello es!... Tra la la la!...

Entonces, arqueadas todas las bailarinas, redondeando los brazos por un igual movimiento automático, imitaron al maestro, fijas las miradas todas en cimbra. El piano volvió á sonar y el ensayo comenzó de nuevo.

La luz del día, de tonos extraños, entraba por dos grandes ventanas de vidrio abiertas á los lados de la escena, muy arriba, cerca de los frisos. En el proscenio, ante una mesita coja, sobre la cual había manuscritos, veíase una lámpara encendida, para permitir al maestro de piano leer más fácilmente su partitura. En el foro, los bastidores, replegados, mostraban el reverso de sus telas cubiertas de carteles y ennegrecidas de inscripciones de todas clases. Y las bailarinas, con sus sayas blancas, puestos sus corpiños de calle, con aspecto indiferente, evolucionaban, copiando los gestos que bocetaba siempre y de la manera más cómica, el maestro de baile.

Por las puertas mal cerradas silbaba el viento. De pronto, el maestro de baile se detuvo, gesticulando, haciendo señas al pianista para que cesara de tocar y corriendo á donde estaba una de las bailarinas á quien sacudió brutalmente.

—Cuando quieras, Zizi!—le gritó!... Espero á cuando quieras hacer lo que todas! O quieres que te vuelva á poner otra multa?—añadió viendo que no le respondía y que se contentaba con bajar la cabeza, como un pobre perro que azotan.

Aquella á quien el maestro hablaba así era una chiquilla de 17 á 18 años, apenas formada, de brazos flacos, de busto corto, como un fruto madurado demasiado aprisa. Cabellos anudados á la diablo, escapándose por todos lados, rodeaban una pobre cara delgadísima, en la cual lucían solo dos grandes ojos de un azul tierno, que siempre miraban suplicantes. Su malla remendada dibujaba sus piernas como palillos y uno de sus zapatos no se sujetaba al pie más que por un corricán, pasado, á guisa de cinta, por los ojetes.

A la palabra multa la joven se estremeció. Sus compañeras se reían, conversando entre sí, dichosas de aquella distracción. Zizi era el burro de carga de todas ellas; sobre ella caían, casi siempre, los reproches y la cólera del maestro de baile. Es cierto; con una traza semejante no era posible que fuera de otro modo. Era tan fea, y estaba siempre tan cínicamente ataviada! además, una salvaje, no hablando á nadie, desapareciendo en cuanto acababan los ensayos, sin que se pudiera nunca saber ni dónde vivía ni lo que hacía. La existencia de aquella criatura era un verdadero misterio. Hasta su nombre daba ganas de reír: Zizi!

Ella había llegado un día á presentarse al director. Precisamente había una plaza vacante; una bailarina había bruscamente avisado á la dirección que no contara más con ella. El administrador no sabía qué hacer, pues no podía escoger. Zizi fué contratada. Su sueldo era irrisorio, pero no había opuesto dificultad alguna á las condiciones que le habían puesto. Lo aceptaba todo.

Al día siguiente, cuando apareció en el ensayo, le hicieron una acogida muy desdenosa. ¿En donde habían ido á pescar una cabeza semejante? Y haciéndose unas á otras esta pregunta, tomaron todas un aspecto afectado, de lo más divertido.

Sin embargo, Zizi no hacía gran ruido ni ambicionaba la plaza de nadie. Permanecía en un rincón, dichosa sobre todo cuando se olvidaban de ella. No hablaba mal de ninguna de sus com-

pañeras; se contentaba con bajar la cabeza bajo las tempestades que estallaban al rededor de ella; no se atrevía á defenderse; mejor dicho: no sabía. Era una presa docil sobre la cual podían morder sin peligro alguno. Y todas se daban ese gusto. Y la en casa aquella, para todos, del más grande al más chico, del administrador al apuntador y á los últimos maquinistas y, hasta á las últimas partiquinas, Zizi era el objeto de las guasas fáciles y de las malvadas burlas.

Todo lo que se había podido saber de ella es que habitaba hacia las alturas de Montmartre, en alguna callejuela. Dos compañeras suyas, una noche, habían intentado seguirla. Y al día siguiente, todo el mundo les había preguntado las señas de su casa, las señas que ella ocultaba con tanto cuidado. Pero Zizi se había contentado—como siempre—con bajar la cabeza. Solo que aquella noche había cambiado de camino, volviendo á cada instante la cabeza para ver si alguien la seguía. Y entonces se corrió por el teatro que Zizi debía ir á alguna cita misteriosa de amor.

Un novio de Zizi! La frase hizo fortuna. Desde entonces, cada vez que llegaba, le pedían, riendo, noticias de su novio. No lo enseñaría un día? Temía, acaso, que se lo robaran? Nadie, sin embargo, trataba de luchar con ella, porque quien amaba á Zizi no podía amar á otra!

Pero se cansaron bien pronto de esta guasa, como se cansaron de las otras y la opinión general fué que Zizi no era más que una especie de mosquita muerta, hipócrita y malvada, que pasaba sus noches en fiestas, de tal manera, que no tenía tiempo nunca de arreglarse algo antes antes de ir al teatro.

Después de la observación hecha á la chiquilla, el ensayo siguió, pero sin entusiasmo, de cualquier modo, con los gestos cansados, los movimientos lentos; de tal manera, que el maestro de baile, furioso, había levantado la sesión, gritando que iba en el acto á ponerlo en conocimiento de la Dirección.

Sin decir una palabra, dejando pasar la tempestad, esperando que no duraría mucho, las bailarinas habían subido á sus cuartos á vestirse sus trages de calle. Y una vez solas, allá arriba, charararon de una manera ruidosa é indescriptible. Las conversaciones comenzaron, á través de los tabiques y por las puertas entreabiertas. Todo aquello era culpa de Zizi! Ella había encolerizado al maestro de baile! Hasta entonces todo había ido muy bien; no había tenido que hacer una sola observación. Era Zizi la que emborazaba los movimientos, perdiendo siempre el compás, haciendo los gestos fuera de tiempo, embrollando las figuras. Y eso no podía durar, porque ellas no aceptarían nunca pagar las multas con que se las amenazaba y de las cuales la otra era la única causa.

Y Zizi no respondía nada nunca, mientras se abotonaba su pobre tragecito, negro, cuyo color, á trechos lucía bajo el deterioro. ¿Qué hubiera podido decir? ¿qué hubiera podido hacer, sola contra todas? No era su lote, en la tierra, sufrir siempre la injusticia de los otros?

Pero aquel día, sin saber por qué, su corazón saugraba más. No era una rebelión del alma, sino un sufrimiento más vivo que de costumbre, de ser así tratada y befa. Lágrimas subieron á sus ojos y terminada su *toilette*, no queriendo llorar ante las otras, se apresuró á descender.

Ah! si hubieran sabido, las que se reían de ella, cómo vivía y por qué hacía aquel oficio, que le repugnaba tanto! No había conocido nunca á su padre ni á su madre. La habían encontrado, una noche, abandonada, contra la cerca, de un corral, muriéndose de hambre y frío, envuelta en un viejo chal descolorido que le servía de mantilla. Y había crecido, sabe Dios como, viviendo de la caridad de todos, pasando días enteros sin comer, vagabundeando, recojida tan pronto aquí, tan pronto allá, sin poder aprender ningún oficio. Cuando cumplió los 15 años quiso subsistir con su trabajo; pero á quién pedir trabajo? No conocía á nadie; no tenía un solo amigo, y los que hubieran podido atenderla, se lo hubieran hecho pagar muy caro. Estaba avergonzada de todo su pasado; pero había sido libre para escogerlo? Siempre pegada, siempre arrojada de todos lados, se había habituado al sufrimiento.

Y sin embargo, hubiese amado á quien la hubiese amado verdaderamente; se hubiera dado toda entera, como una esclava, como una cosa. Sentía en su corazón tesoros de ternura. Pero rechazada de todos lados ¿qué podía llegar á ser? Había, verdaderamente, seres para quienes la vida era demasiado triste!

Entonces, no sabiendo qué hacer, se había contratado como bailarina. Había sabido, por casualidad, que existía una plaza vacante. Era, por lo menos, un pedazo de pan asegurado, de vez en cuando.

Al principio, había aceptado su nueva posición sin quejarse mucho, creyendo que le bastaría trabajar y continuar su pobre papel de perro fustigado. Pero bien pronto había visto á sus compañeras burlarse de ella, de sus pobres tónicos tan á menudo remendados. Y sintió un gran asco de todas aquellas cosas entre las cuales debía vivir siempre. La suerte sería siempre igual. Era inútil que intentara luchar!

Y aquella noche, subiendo á su tugurio recordaba todo aquel rencor de su vida pasada, rencor que subía á sus labios, como la gota de agua que desborda del vaso demasiado lleno.

¿Quién era el que decía que no podíamos escapar á las tristezas de la existencia? No había ella leído á menudo esas historias de jovencitas que van á buscar en la muerte el olvido de los sufrimientos de que su corazón sangra? ¿Qué bueno debe ser dormirse para siempre, no despertarse más, no pensar, no sufrir más nunca!

Vivir, para qué? Nadie la lloraría, y de una vez quedaría libre de todas sus penas. Le quedaban algunos ochavos en el bolsillo, con qué comprar un poco de carbón. Así se dormían siempre las jóvenes cuyas tristes historias había ella leído. Haría lo que ellas. Pero era singular el no habérsele ocurrido antes ese medio de acabar por completo!

Y por la primera vez, desde hacía mucho tiempo, una sonrisa plegó sus labios pálidos. Hacía frío. Las ramas de los árboles silbaban tristes bajo el viento. Pero ya nunca más tendría frío ni hambre; nunca más las otras se reirían de ella. No sufriría más.

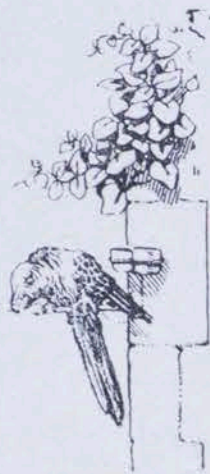
Durante dos días estuvieron en el teatro sin tener noticias de ella. El administrador, furioso, juraba que la pondría en la puerta de la calle en cuanto apareciera. Al tercer día se supo, por fin, que habían encontrado á Zizi muerta en su cuarto.

En el ensayo llegó la noticia, y una conversación general comenzó enseguida, cada uno emitiendo una idea diferente.

Entonces, el maestro de baile golpeó el suelo con su bastón:—Basta, señoritas!—gritó.—No estamos aquí para *jarancar*; ya os ocupareis de vuestros asuntos después del ensayo.... Vamos, al final!—añadió.

Y se puso á tararear, redondeando en forma de arco sus brazos y haciendo se amable:—Tra, la, la! Esta fué toda la oración fúnebre de Zizi.

FERNAND BEISSIER.





Sección dirigida

POR

ANDRES CLEMENTE VAZQUEZ

EL MATCH LEWIS-DESCHAPELLES

PARTIDA II

Quítase del tablero el Peón del Alfil del Rey de las negras.

BLANCAS (Mr. Lewis)	NEGRAS (Deschappelles)	BLANCAS (Mr. Lewis)	NEGRAS (Deschappelles)
1—P 4 R	1—C D 3 A	19—C x A	19—P x C
2—P 4 D	2—P 4 R	20—D 8 C (2)	20—D x D
3—P 5 D	3—C D 2 R	21—A x D	21—T R 3 C
4—A 5 C R	4—C R 3 A	22—A 5 D (3)	22—A 6 T
5—A x C	5—P x A	23—P 3 C R	23—A x T
6—D 5 T †	6—C 3 C	24—R x A	24—R 2 A
7—C R 3 A	7—A 4 A	25—P 4 T D	25—T D 1 A R
8—C R 4 T	8—R 2 A (1)	26—R 2 R	26—P 4 A
9—P 6 D	9—D 1 A	27—T 3 T	27—T R 3 T
10—A 4 A †	10—R 1 R	28—P 4 T R	28—P 5 A
11—C x C	11—P x C	29—T 3 A R	29—T D 3 A
12—D x P C †	12—R 1 D	30—P 5 C D	30—R 1 C
13—P x P †	13—R x P	31—R 1 R	31—T R 2 T
14—O O	14—T R 3 T	32—R 2 R	32—T R 2 A D
15—D 3 C	15—P 3 D	33—R 2 D (4)	33—T R 2 C
16—C D 3 A	16—A 2 D	34—R 2 R	34—T R 2 A D
17—C 5 D †	17—R 1 D	35—R 2 D	
18—P 4 C	18—A 3 C		

TABLAS

NOTAS POR A. C. VAZQUEZ

(1) Actualmente se recomienda como lo mejor para las negras, en el presente caso, 8—R 2 R, con la siguiente probable continuación:

8—R 2 R
9—P 6 D † 9—R x P

Y la partida es igual.

Para mayores detalles, véase la segunda y última edición de *Chess Openings*, por Freeborough y Ranken.

(2) Mal jugado, según se verá por los movimientos sucesivos. Con dos peones de más, y teniendo enteramente libre el de la Torre del Rey, las blancas debían haber ganado.

(3) Mal jugado también. Lo natural parecía A 7 T, para seguir A 5 A.

(4) Mr. Lewis, conformándose con un empate, juega su Rey en todas direcciones, según las circunstancias, en espera de los acontecimientos, cansando a su adversario.

EN UN ABANICO

Pongo en tu abanico versos,
porque tú amas la poesía,
porque puedes ser la musa
de los magos de la rima,

porque tienes en el alma
un tesoro de delicias,
todo un mundo de ternuras,
todo un cielo de alegrías.

Porque guardas en tu acento
los acordes de la lira,
porque tienes una aurora
encerrada en tu sonrisa,

porque hay rayos celestiales
en la luz de tus pupilas,
y porque toda tú eres,
musa, cariño y poesía.

L. ANEIRÓS PAZOS.

LA NOVICIA

A los pies de su Cristo arrodillada,
en lágrimas deshace la amargura
que, hurtándole sus horas de ventura,
oscureció su vida sosegada.

En místicos anhelos inflamada
sus oraciones con fervor murmura,
y el amor ilumina su alma pura
al fijar en el cielo la mirada.

Entre los blancos pliegues de su toca
oculta su semblante entristecido;
las ilusiones del pasado evoca;

se escapa de su pecho hondo gemido;
y la elemencia de su Dios invoca
para dar sus pesares al olvido.

ELSA.

BIBLIOGRAFIA

MAGOSTO, cuentos y conferencias asturianas, por Eva Canel.—Havana, 1894.

Hemos recibido un ejemplar de este libro, en que su infatigable autora ha coleccionado algunos trabajos inéditos y otros publicados. Deseamos un éxito completo al nuevo volumen de la Sra. Canel y le enviamos la más expresivas gracias por el tomo con que nos ha obsequiado.

LA REPÚBLICA FRANCESA, conferencias, por Rafael María de Labra.—Madrid, 1894.

El ilustre hombre público y literato conspícuo Sr. Labra, nos ha enviado desde Madrid un ejemplar del folleto que acaba de dar á la estampa, conteniendo varias conferencias pronunciadas en el Ateneo de la corte, acerca de la república francesa. En esta producción del Sr. Labra resplandecen, como en todas sus lucubraciones, sus altas dotes de pensador profundo y su rico caudal de erudición.

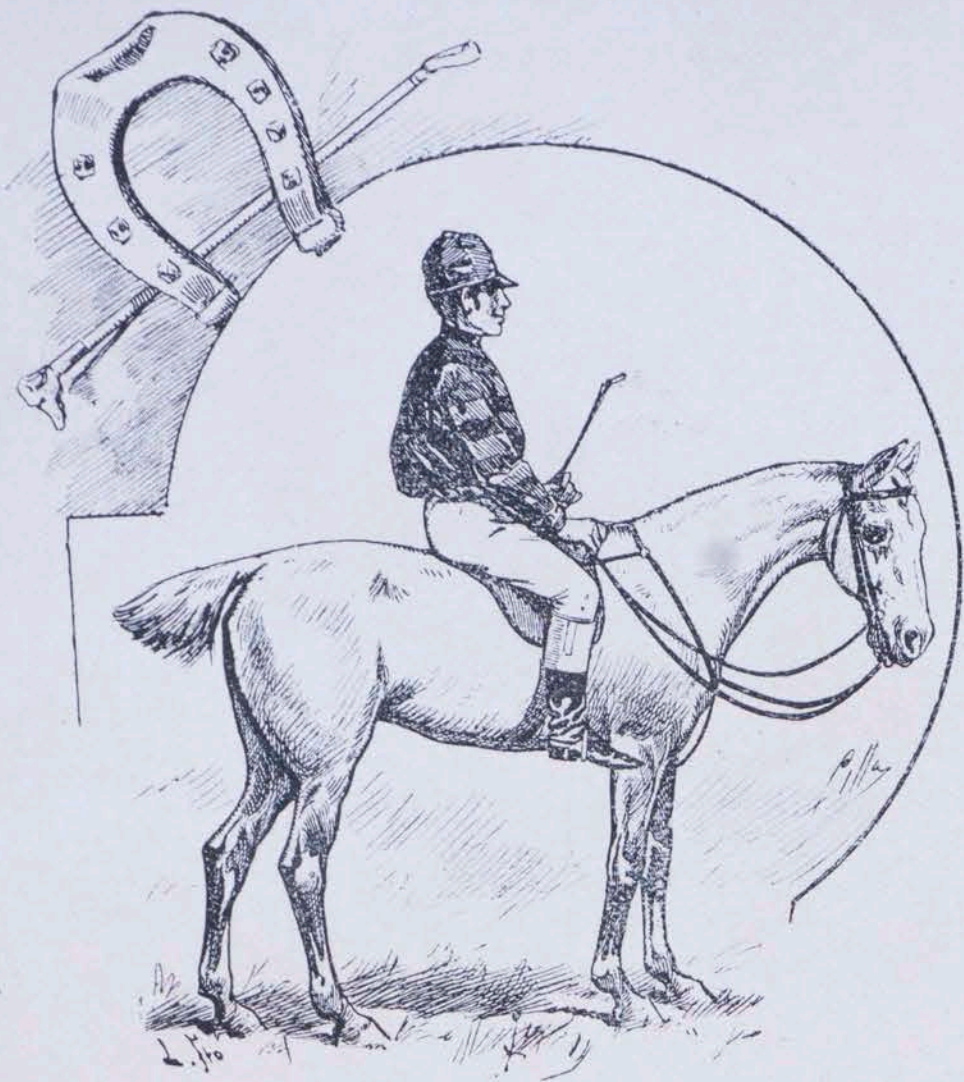
DE CAÍDA EN CAÍDA, novela original, por Alvaro de la Iglesia.

Con gusto hemos sabido que la importante casa tipográfica *La Universal*, de los Sres. Ruiz y Hno., ha adquirido la propiedad de la novela *De caída en caída*, que acaba de terminar el fecundo y aplaudido novelista Alvaro de la Iglesia. Los aplausos que la crítica y el público tributó á su anterior novela, *Adoración*, hacen esperar el más linsojero éxito á su nuevo libro.

Vemos con regocijo que la producción literaria va abriéndose paso en nuestro mercado, y que nuestro público presta á los autores la protección que sus talentos merecen.



Gacetines



Ya ha soplado el primer Norte.
Noticia fresca, dirán ustedes.
Y tan fresca: como que ya ha salido por ahí cada
abrigo que hace temblar á los muertos en el fondo de
sus tumbas.
Y no es de placer, ni de envidia.
Sino de terror.

En los Estados Unidos acaban de contraer matrimonio dos hermanos con
dos individuos, ambas hermanas.
Horas después hallaron á los cuatro en un coche del ferrocarril de Cincin-
natty, muertos á tiros de revolver.
Sarcasmos de la suerte. Podía haberse contentado con suicidarlos á tiros y
no casarlos.
Que ha sido suicidarlos dos veces.
¡Cruel!

Es indudable, la civilización viene de Oriente.
Hace poco, aprendíamos de los turcos la manera de impedir que rebuzna-
ran los burros.
Eso es poco: ahora es cosa de mayor empeño.
Se trata de alimentarlos (?) sin comida.
Vaya la cosa:
Un persa, vecino de Kars (Asia Menor), ha logrado que un asno que po-
sée se mantenga con papel de estraza, del que se usa para envolver.

El señor Challotín de la Sopera
tiene su esposa en cinta;
y anda el pobre buscando criandera
porque doña Jacinta,
su esposa sin ventura,
no puede amamantar la criatura.
Ayer se presentó cierta pasiega
de gran volumen y notable anchura
y después de narrar los sitios todos
y las casas de fuste
en que ha servido de diversos modos,
llegaron al ajuste.
Quiere por la mañana chocolate
con pan y mantequilla
y un vasito de leche, de á cuartilla;
un par de huevos fritos con tomate
y un pedazo de cerdo,
después, para almorzar, una tortilla
pescado, un potagito, camarones
un *mistel*, un pollito, unos ostiones
frescos ó en escabeche
cerveza, café y leche...
A las dos la merienda, muy sencilla:
un pedazo de pierna de venado
dos panes, salchichón y un mantecado.
A las cinco, á comer; ya es otra cosa.

Sopa, carne, ensalada,
un parguito, patatas con morcilla
rabanetas, espárragos, cuajada
café, cognac y vino;
y ya no es desatino
aguardar á las ocho, hora en que es bueno
tomar alguna cosa muy ligera,
por ejemplo, costillas de ternera
con muchísimas ruedas de patata.
Entre comida, horchata.
Esto es, en cuanto al trato;
de sueldo tres *onzitas* solamente.
Una cama muy ancha y bien prendida,
y cada dos semanas de seguro,
lo menos una y media de salida.
Si por la noche y á las altas horas
el *rorro* la reclama
que lo lleven, si quieren, á su cama:
pues, si ha de levantarse la tragona,
el chiquitín no mama.
El pobre Challotín ha decidido
arrendar un potrero
y llevarse á la finca, el heredero.
*Queda vacante, pues, para quien quiera
tan lucida y flamante criandera.*

Corta el papel en tiras, lo humedece y mezcla luego con sal: el animal
engañado por la frescura y por el saborcillo lo come perfectamente: pero pa-
ra que la ilusión sea más completa pone al animalito unos anteojos con cris-
tales verdes.

Conste que yo no garantizo el hecho: pero por ahí andan otras muchas
cosas que nadie las garantiza tampoco y viven.

Sea verdad ó mentira
tenga buen ó mal sabor,
*todo es, según el color
del cristal con que se mira.*

Como dos y una son tres
y otra cuatro y otra cinco:
así, con constante ahinco,
siempre llega fin de mes.

MONTE CARLO.

Artistas de Albisu

SRTA. CONCHA MARTINEZ

Como artista, es una primera tiple cómica de primera. El
Antoñillo de *Caramelo* es creación suya; la curra, de *Ca-
diz*, ella nos la ha hecho conocer tal cual es. En los papeles de
barbianes y barbianas no hay quien la aventaje; es su género es-
pecial. Sus noches en la escena de Albisu, se cuentan por tro-
nadas de aplausos. Hoy por hoy, es la preferida del público
que va á ese teatro incansable.

Como sucede siempre cuando un artista rompe con la rutina,
creando tipos y *maneras* con su genio, su modo de ser en la es-
cena único, típico, ha despertado grandes debates en la crítica
teatral, decidiendo el pleito la opinión del público, que es el
supremo buen sentido y el único para el que no hay más que
dos clases de artes, el bueno y el malo.

¿Es bueno el arte de Concha? ¿Está el público equivocado?
No nos atrevemos á contestar esas interrogaciones porque, á
nosotros nos fascina la artista y es sabido que la fascinación no
deja ver claro al entorpecimiento.

Si me atrevo á asegurar que en el género flamenco es insupe-
rable y que nadie ha cantado en Cuba aires andaluces como esa
incomparable Concha.

Como hija de Eva, es la simpatía andando. Tiene la gracia
delicada de las sevillanas y el andar zalamero de las malagucñas.
Su cabellera ondulosa semeja una cascada de ébano líquido.
En sus ojos hay caricias apasionadas de sirena y de su boca es-
pañola parece siempre que quiere brotar una petenera sentida ó
cualquier *cante jondo*.

Se nombra Concha, y es la concha de Venus: pero con Venus
dentro.

ENRIQUE FONTANILLS.



Crónica

La próxima temporada de invierno presenta una perspectiva risueña para la alta sociedad.

Ya están en la Habana todas las familias que emigraron al iniciarse la estación estival. Por las crónicas desfila a diario el saludo de bienvenida para los que retornan al seno de los círculos elegantes, abandonados y desierrevista escrita al fin de cada semana, ha tenido que recorrer playas y pueblos de temporada.

Para el ya cercano mes de noviembre el programa es delicioso.

La primera recepción será un baile en la suntuosa mansión de los condes de Fernandina. Está fijada para el día cuatro, por celebrar en esa fecha su santo el Sr. Carlos Pulido y como un obsequio que la aristocrática familia de Fernandina dispensa a las señoritas y jóvenes que formaron el séquito de honor de Josefina y Carlos en la inolvidable ceremonia de sus bodas.

A esta recepción seguirá la reapertura de los salones del palacio de la Capitanía General. La Sra. esposa de Calleja ha señalado los viernes primeros y terceros, como días de recibo.

La circunstancia de celebrarse el primer viernes de noviembre la solemnidad de los difuntos, ha obligado a los amables generales Calleja a aplazar su recibo para el día nueve, o sea el viernes inmediato.

En palacio tocará esas noches la banda de Santa Cecilia vales y rigodones.

Hay una fiesta que se ha constituido en tema de las conversaciones. Es la *Garden-Party* con que los señores de Santos Guzmán obsequiarán a los niños de sus amistades.

Esta *matinée* se ha ido prorrogando en virtud de originales y artísticas reformas que se están haciendo en los jardines de la espléndida quinta del Tulipán, en aquellos primorosos jardines, nidos de flores que embalsaman con su perfume el paso del tren de Marianao.

Aunque la fiesta estará dedicada a la infancia, es seguro que la galantería de los señores de Santos Guzmán se extenderá también a los *mayores*, y así disfrutará nuestra sociedad elegante de horas tan agradables como las que siempre brindan la amabilidad exquisita de la Sra. Concepción O'Farrill y la cortesía irreprochable del Sr. Francisco de los Santos Guzmán, los distinguidos esposos que se encuentran perfectamente secundados por la atabilidad de sus hijos, la joven pareja María Ojea y *Paco* Guzmán.

Si, como se espera, pronto está de vuelta entre nosotros la Sra. Rita Du' Quesne, es seguro que para fines de noviembre contaremos con una recepción del lucimiento y brillantez de las que acostumbran a celebrarse en los espaciosos salones de la calle de Santa Clara en la elegante casa que toda la Habana distinguida conocía en los buenos tiempos del que fué marqués de Sandoval.

La Sra. Aurora Rivera de Arderius, también se espera que regrese de su excursión a la balnearios de Cestona, en la primera quincena del mes entrante. Su vuelta a la sociedad habanera, donde la distinguida dama tiene grandes simpatías inspiradas por su trato amabilísimo, es seguro que se celebrará con un baile en la casa-residencia del Sr. general segundo Cabo.

Se habla de otra fiesta con que abrirá sus salones una dama de elevado prestigio, que en la buena sociedad de la corte ha brillado, acompañada de sus hijas, tres graciosas señoritas, por su ejemplar distinción.

Aún no se ha fijado la fecha de esta recepción, toda vez que en ella se bailará un cotillón cuyos accesorios, encargados a Venecia, han de demorar poco en llegar a la Habana.

Como se ve, la temporada de invierno aviva los anhelos de la crónica elegante, ansiosa siempre de amontonar páginas de fiestas brillantes, sin que eso jamás llegue a cansar, a producir fatiga, pues es tan dulce esa misión como amontonar pétalos de rosas.

* *

En la semana ha habido una fiesta que no quiero pasar inadvertida, por su lucimiento y por egoísmo de la clase....

Me refiero a la celebrada en el gran teatro, el lunes, a beneficio de la *Sociedad de Escritores*.

En los palcos, grillés y lunetas se encontraba una brillante representación de nuestra sociedad, cuanto vale y brilla entre nosotros.

El programa se cumplió al pie de la letra. Los artistas de Payret y Albiu, con los discípulos de Jordá y los japoneses de Pubillones, cooperaron simpática y generosamente al brillante éxito de la primera función de la útil y progresiva *Sociedad*.

En esta función se presentó por primera vez al público de la Habana el señor Alberto Soler y Baró, joven tenor a quien su vocación por el canto ha llevado hasta Milán, donde ha permanecido algún tiempo, estudiando con profesores eminentes, y en relación constante con maestros y aficionados, compositores y artistas.

Cabe gran parte del éxito de la función del lunes al señor José E. Triay, al respetable periodista, antiguo y querido redactor del *Diario de la Marina*, que ha trabajado con entusiasmo y actividad, para hacer que la fiesta primera de la *Sociedad de Escritores* mereciese, por su resultado, los aplausos y elogios que todos le han tributado.

* *

No es difícil acertar con la nota animadora y risueña de esta crónica.

Vedla ahí: está en ese grupo adorable de niños enlazados por la fraternidad de su origen y por la comunidad de sus sentimientos.

Són ellos las flores de un hogar que Cuba venera. Son ellos los que repetirán, a través de las generaciones, el nombre glorioso de Montoro.

Pensad en las horas de suprema alegría con que esos niños recompensarán las horas de levantadas luchas de ese gran corazón de patricio, que es también un gran corazón de padre.

Cuántas veces, al volver al hogar, el beso de uno de esos niños, hijos amantísimos suyos, habrá sido más dulce, más alentador, más vivificante para el alma del ilustre paladín, que los besos con que el triunfo ha sellado su frente.

* *

De su corta excursión a los Estados Unidos, acaba de retornar el Sr. Fermín Goicoechea, acompañado de su elegante esposa la bella Sra. Mercedes Durañona.

* *

Mi saludo de bienvenida, afectuoso y cumplido, para la señora Julia C. Herrera y el señor Prudencio Bidegáin.

Los esposos Bidegáin, sobrinos de los señores condes de la Mortera, regresan de su viaje por los Estados Unidos y Europa para fijar su residencia en esta capital.

* *

El estreno de la compañía dramática de Vico, el glorioso actor que viene a la Habana para finalizar su brillante *tour* por las Américas, fué motivo para que el teatro de Tacón ofreciese en la noche del jueves un grandioso aspecto.

Cuanto tiene en la Habana el sello de la belleza, la distinción y la elegancia, se encontraba reunido en la amplia sala de nuestro primer coliseo. Yo

LOS HIJOS DEL SR. MONTORO



Cristina, Mario, Octavio Eliseo, Rafael Gaspar, José Enrique, Carlos Rafael, Hermínia.

recuerdo, al azar, de ese fascinador conjunto, los nombres siguientes de las familias que ocupaban palcos y grílls en la memorable función que ha abierto una temporada teatral destinada á triunfos repetidos.

Las familias de Ariosa, Pérez de la Riva, Fernandina, Cabrera, Sanguily, Echarte, Göbel, Corujedo, Marty, Coronado, Hamel, Facenda, Montalvo, Cantero, Menéndez, Santos Guzmán, Murias, Pedroso, Baldasano, Longa, Cowley, Hernández Miyares, Soto Navarro, Mendoza, Baguer, Balboa, Santos Villa, Freyre, Valdés-Fauly, Fabián, Valdivia, Adam, Farrés, Sánchez Mármol y Dominicus.

En 1892 el rey de Portugal le honró con la cruz del Cristo, poniéndole él mismo sobre el pecho la condecoración á los acordes de la marcha real portuguesa.

El malogrado monarca español Alfonso XII le distinguía con su amistad personal y gustaba especialmente de su trato afable y chispeante conversación.

Muchos son los testimonios de admiración que Vico ha recibido de autoridades artísticas de primer orden y nos limitaremos tan sólo, como lijera prueba, á transcribir la carta con que el eminente dramaturgo don José Echegaray, le dedicó su drama *O locura ó santidad*:

"AL EMINENTE ACTOR DON ANTONIO VICO.—Cumpló un deber ineludible, ejerzo un acto de justicia y procuro dar público testimonio de cuanto admiro su gran talento y su innagotable inspiración, dedicando á usted esta obra que fué escogida para su beneficio y en la cual á semejante altura se distingue usted.

Usted que desde mi primer ensayo en *El libro talonario*, viene conquistándome aplausos y triunfos; usted que fué sucesivamente sobre la escena el "don Carlos de Quirós," de *La esposa del vengador*, el "barquero" de aquel epílogo de *La última noche*, el "Fernando" de *En el puño de la espada*, el "Pablo" de *Como empieza y como acaba* y el "Lorenzo" de *O locura ó santidad*, bien merece y es azás humilde, bien lo conozco, en cambio de tantos raptos sublimes, en cambios de tantos y tantos gritos desgarradores, de tantas maravillas de expresión, esta prueba de mi reconocimiento, de mi admiración y de mi amistad.—*Echegaray*."

Su casa de Madrid es un verdadero museo de cuadros, estatuas, y otras obras de firmas respetadas. Entre los objetos que más aprecia figura un busto de bronce, copia de un premio del Salón de París regalado al eminente actor por una comisión de argentino que, presidida por el doctor Pellegrini fué á España hace próximamente cuatro años.

En el sitio de preferencia de su despacho, entre los retratos de muchos grandes artistas figura un magnífico busto del malogrado actor Rafael Calvo, obra del escultor español Susillo

Y á propósito de Vico, creo que mis lectores me agradecerán que les dé á conocer el autógrafa que el coloso de la escena dirigió al director de la gaceta teatral *El Vessillo dell Arte*, señor Hermenegildo Corti.

"Nada más difícil que expresar el sentimiento en una hoja de papel.

"Entre el artista de estudio y el artista de inspiración media un abismo. La labor lenta del primero conmueve y deleita. La del segundo no es labor: es lava. La inspiración no razona: brota sin estudio preconcebido. Es espontánea, sobrenatural; emana del genio chisazo eléctrico que arrebató y enloquece, al impulso soberano de la pasión y del entusiasmo."

Máximo Stein está de duelo.

Una carta ha llegado á sus manos para comunicarle la más triste de las noticias: la de haber muerto en Budapest su amantísimo padre.

Sorpesa y dolor que han venido á cubrir de tristezas el corazón del ausente hijo.

Harto se me alcanza que ante la pena que aflige al señor Stein, huelgan todas las frases de consuelo. Supla á éstas la expresión del sentimiento que en estas líneas envío al caballeroso amigo y distinguido industrial.

He tenido el gusto de abrazar á Ramiro Mazorra, joven muy conocido en nuestra sociedad, que ha regresado el jueves á bordo del *Ciudad Condal*.

Ramiro, cuyo voz de tenor se ha perfeccionado bajo la inteligente dirección de maestros italianos, proyecta organizar varios conciertos en los salones de algunos de nuestros centros de recreo.

La noticia es agradable. Se trata de un artista surgido entre la juventud,

cuyos primeros pasos conocemos y que hoy se nos presenta para mostrarnos sus adelantos.

En estos días se ha puesto á la venta la segunda edición de la interesante obra *Legislación sobre Cementerios*, elegantemente impresa en la tipografía *La Especial*—Bernaza, 24—de mi amigo el señor José Santamarina.

Este libro, que es una compilación utilísima, hecha por el Dr. Ambrosio G. del Valle, no debe faltar en ningún bufete de abogado. Acompaña á la obra una memoria, reglamentos y tarifas de las principales necrópolis de la isla.

Doy las gracias al editor por los ejemplares que ha remitido á este periódico.

El día 21 debe haberse embarcado en el Havre, con dirección á este puerto, la ilustre benefactora cubana Sra. Marta Abreu de Estévez.

En el propio vapor viene á la Habana, para pasar algunas semanas en la gestión de asuntos particulares, el joven y distinguido cronista Sr. Héctor de Saavedra, conocido en nuestros salones por *Fleur de Chic*.

Siguen los certámenes de belleza—la feliz idea iniciada por EL FIGARO—obteniendo la preferencia de numerosas publicaciones de la Isla.

Un distinguido periódico de San Antonio de los Baños ha abierto recientemente uno de esos simpáticos torneos.

No conozco su resultado actual, ni me es preciso saberlo. ¿Para qué? Mi voto—que es el de toda la redacción de EL FIGARO—estaría siempre rendido á favor de la señorita Celia Cepero, la graciosa niña que es el encanto de aquel bello pueblo que arrullan las ondas de Ariguanabo.

La moda se extiende y generaliza.

Nuestras paisanistas, tomando el ejemplo de las damas y señoritas de las sociedades europeas y americanas, ya van adoptando el uso de la bicicleta, el higiénico y elegante *sport*.

Las señoritas de Cañizares, tan simpáticas y tan distinguidas, son hoy unas ciclistas ágiles y entusiastas que han adquirido la completa educación de ese *sport*, dirigidas por el entendido Sr. Nicolás Braña.

Con las señoritas de Cañizares, ya son muchas las habaneras que se dedican á la práctica de un ejercicio en que se reúnen la utilidad y el recreo.

El distinguido pedagogo y estimado amigo mío señor don Regino Morel, autor de un delicioso *Resumen de la historia de Cuba*, tiene establecido en Estévez 68, un colegio de primera enseñanza, elemental y superior, con el nombre de *La Igualdad*.

Recomiendo eficazmente á mis lectores ese plantel de educación, que, sin duda alguna, es el mejor de la barriada en que está situado.

Desde hace varios días se encuentra fuera de cuidado, después de una grave enfermedad, el simpático *sportman* señor don Alfredo Arango y de la Luz.

Hago votos sinceros porque mi estimado amigo recupere pronto y de una vez la salud perdida.

MEFISTOFEL.

A nuestros suscriptores

Con el presente número recibirán nuestros lectores ejemplares de la revista madrileña *Gran Moda*, con que venimos obsequiando á nuestros favorecedores.

Cores y Hno.

La Acacia
GRAN JOYERIA
SAN RAFAEL, 12

Esta casa es la predilecta de la sociedad elegante de la Habana.

El Sr. D. Manuel Cores, socio viajero de *La Acacia*, visita constantemente los principales centros de la moda europea para enviarnos lo más original y lo más fino.

San Rafael 12



La Acacia
Artículos de fantasía
SAN RAFAEL, 12

Figuras de bronce, estatuillas de terracota, calamina, lámparas Victoria para gabinetes, juegos de café de plata, jarrones de China, vasos indios.

Recibimos por todos los correos grandes novedades de Alemania, Francia, Austria y Suiza.

Habana